

4.8. Región Platense

La Región Platense culminó la realización del ENAC/05 en Luján, el 18 de septiembre, con la participación de 2100 personas de las 8 diócesis que la integran.

El sitio de encuentro fue el gimnasio y parque del colegio de los Hnos. Maristas, en el que se desarrolló el programa previsto. La primera parte consistió en la Oración inicial y presentación de las diócesis, luego el Obispo auxiliar de Mercedes-Luján Mons. Sarlinga dio la Bienvenida a los catequistas y desarrolló una conferencia que instaló el tema del Encuentro. A continuación el P. Alejandro Puiggari, director de la Junta nacional de Catequesis retomando el tema “La vocación, identidad y ministerialidad del catequista” amplió la fundamentación previa con una reflexión aterrizada a nuestra tarea catequística que tocó a todos los niveles y realidades de los presentes. Logró proponer la síntesis del recorrido en estos dos años de preparación, en los niveles realizados: en las parroquias, en las diócesis y ahora en la región. El tema tuvo su coronación con la Palabra de Dios, que fue iluminada por Mons. Garlatti, arzobispo de Bahía Blanca.

El mediodía fue el momento del intercambio y el compartir hermandad, diálogo, mates y choripan.

Después de este momento, la multitud se fue congregando tras la imagen de la S. Virgen que había presidido nuestro encuentro y se inició una Marcha procesional hacia el Santuario. Era la coronación de un largo camino con Jesús Resucitado en medio de nosotros que nos ha transmitido su palabra y nos ha hecho arder el corazón. Frente a la Madre de Luján, los catequistas en marcha, con todos sus pastores celebraron la Eucaristía culmen de todo el Encuentro, una Misa inolvidable para todos los que la vivimos. Presidió la concelebración el Arzobispo de La Plata, Mons. Aguer, y concelebraron Mons. Garlatti, de Bahía Blanca, Mons. Bianchi de Azul, Mons. Puiggari de Mar del Plata, Mons. De Elizalde de Nueve de Julio, Mons. Malfa de Chascomús, el arzobispo local Mons. Di Monte pronunció un saludo final a todos los que peregrinamos para este ENAC, junto a la Madre del Cielo.

El colorido de los pañuelos, cada diócesis se identificó con un color, puso la nota de alegría al agitarlos al aire como palomas en vuelo, y expresaron la presencia de una nueva primavera para la Catequesis de la Región y de la Patria.

Las otras Regiones de la Iglesia argentina también se hicieron presentes, por eso agradecemos las ofrendas que nos hicieron llegar por hermanos venidos del Noa y del Litoral y que han expresado esa hermandad colmada de esperanza. El ardor que sentimos en nuestro corazón lo queremos compartir con todos, en el nuevo camino que emprendemos.

Que la S. Virgen de Luján bendiga a todos los que han puesto su afecto, su trabajo, su colaboración para la feliz concreción del ENAC platense. Y quede resonando el grito que se ha hecho vibrar en toda la Patria: **“Jesús es el Señor. Con alegría lo anunciamos”**

Palabras iniciales de Mons. Oscar D. Sarlinga en el ENAC 2005 Reunión de la Región Platense, Luján

Querido Mons. Guillermo Garlatti, querido Padre Alejandro Puiggari, sacerdotes, religiosas, hermanos catequistas que tan numerosos han venido a este Encuentro, aquí en Luján:

Estamos reunidos en el Nombre de Jesús, el Nombre del Señor. Encabeza el lema de este encuentro esta afirmación de fe: «Jesús es el Señor». Él, el Señor, se encuentra presente entre nosotros por el Espíritu Santo que anima a la Iglesia. En efecto, el Espíritu hace que los actos, gestos y hechos de la Iglesia sean de Cristo, porque ella misma es el Cuerpo de Cristo, animado por el mismo Espíritu. La Iglesia es «el mismo Cristo presente y actuante en la historia de la humanidad», y por consiguiente en nuestra historia concreta y actual, aquí y ahora. Nuestra propia historia se transforma, así, en historia de Salvación. Por esta razón, el Papa Benedicto XVI pudo decirnos, al inicio de su Pontificado: «sí, la Iglesia está viva...». Y esto aunque algunos la crean malherida, o incluso muerta. La Iglesia está viva porque es el Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu, Morada de Dios entre los hombres y Pueblo de Dios que camina... Es fundamental que nosotros mismos reavivemos nuestra conciencia de fe sobre la Iglesia. Con este fin, es necesario también renovar nuestro amor: el Papa Juan Pablo II nos dijo en su primera encíclica “Redemptor hominis” (10) que el ser humano no puede vivir sin amor: “Él queda en sí mismo como un misterio incomprensible, su vida se ve privada de sentido, si no le es manifestado el amor, si no se encuentra con el amor”. Por eso, para dar sentido a nuestra misión en la Iglesia, pidamos que Dios renueve en nosotros el amor. Hagámoslo hoy, también, en este encuentro, para que se haga carne en nuestros corazones esta relación fundamental, que da sentido a nuestra vida de fe: MISIÓN-EVANGELIZACIÓN-CATEQUESIS.

Quisiera ahora presentarles, de algún modo en tan poco tiempo, el «entroncamiento» de la vocación de ustedes, catequistas, dentro de la vocación y misión de la Iglesia. Ésta tiene un nombre, su nombre «es Misión», como lo definiera el recordado Papa Pablo VI. La Iglesia es misión porque Pentecostés, la efusión del Espíritu Santo, marca el inicio de su envío a evangelizar al mundo, a transmitirle a Jesucristo, «Evangelio de Dios». El Evangelio no consiste en la materialidad de la letra aunque la letra sea importante como mediación de conocimiento-. El Evangelio es Cristo, y en Él consiste la fe de la Iglesia, en que Él es «el Señor», el mismo Dios que se hizo hombre para salvarnos. Misión, es, entonces, el «envío» de la Iglesia a anunciar el Reino de Dios hasta que Jesús vuelva en la gloria y en eso consiste el «tiempo de la Iglesia» que perdurará hasta que esté este mundo- y la evangelización consiste en el cumplimiento de esa misión, en el mismo anuncio de la «Buena Noticia» de salvación a la humanidad.

¿Y, qué significa evangelización hoy?. Como lo ha sido siempre, el anuncio del Reino a la «sociedad humana concreta», a las personas y a la comunidad. Este anuncio¹, es el objetivo principal y permanente en la misión eclesial² y, por consiguiente, de la evangelización. En efecto, la Iglesia no puede substraerse al mandato explícito de Cristo; no puede privar a los hombres de la «Buena Nueva», que les anuncia el amor y la salvación de Dios. Este es el contenido esencial de la evangelización, en el decir del Papa Pablo VI en la gran exhortación *Evangelii nuntiandi*: «La evangelización también debe contener siempre como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo una clara proclamación de que en Jesucristo, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios»³.

Esto significa que la evangelización es, esencialmente, proclamación de Jesucristo Salvador de todos los hombres, fruto de la iniciativa de gracia de Dios, por su misericordia y amor para con los hombres. Según la visión de *Evangelii nuntiandi*, que acabamos de ofrecer, en dicha proclamación se halla, a la vez, el dinamismo de la evangelización, la fuerza evangelizadora para que el mundo crea. Este punto que acabamos de explicitar, acerca del contenido esencial de la evangelización, tiene una explicación, que podemos llamar «cristocéntrica», esto es, que tiene a Cristo por centro. En efecto, en Jesucristo mismo se ofrece la salvación a todos porque Él mismo es el Evangelio de Dios, Él proclama el Evangelio del Reino⁴; porque Él mismo es el primero y el más grande Evangelizador; lo ha sido hasta el final, hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena⁵. El núcleo y centro de la Buena Nueva que Dios nos envía es el mismo Jesús, el Salvador que anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, y que constituye sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por Él, de verlo, de entregarse a Él⁶.

Si Jesús es el mismo Evangelio, la Iglesia debe ser fiel a Cristo, del cual es el Cuerpo y continuadora de su misión⁷. Incluso más, es necesario que ella camine “(...) por el mismo sendero que Cristo; es decir, por el sendero de la pobreza, la obediencia, el servicio y la inmolación propia hasta la muerte, de la que surgió victorioso por su resurrección”⁸.

Como hemos afirmado ya varias veces, evangelizar significa para la Iglesia «llevar la Buena Nueva» a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad. Por ello me parece necesario indicar en primer lugar cuál es la especificidad y la originalidad del compromiso de la Iglesia: “*Vayan por todo el mundo*”⁹. Así, la evangelización es la misión típica e irrenunciable de la Iglesia, como nos lo refería Pablo VI: “Evangelizar es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”¹⁰.

¿Y para nosotros, qué?. Evangelizar, queridos hermanos, es apostar por «hacer humanidad nueva» con el auxilio de la gracia divina. La verdad es que no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar «hombres y mujeres nuevos», con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio. Respecto al contenido y a los temas cabe subrayar: la conciencia del deber que tiene la Iglesia, «experta en humanidad», de «escrutar los signos de los tiempos y de interpretarlos a la luz del Evangelio»¹¹.

El catequista se entronca en la misión de la Iglesia con ese «momento tan señalado» de la evangelización, que es la catequesis. La finalidad de la evangelización es por consiguiente el cambio interior de las personas, con la fuerza de la gracia, y si hubiera que resumirlo en una palabra, lo mejor sería que la Iglesia evangelizara cuando, por la fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos. Este último es el nexo fundamental que une a la evangelización con la promoción humana.

Por eso, queridos catequistas, tenemos que «formarnos» para la evangelización. No lo digo en un sentido puramente intelectual, y mucho menos académico. No hay que tener miedo de la «formación», es primeramente interior, espiritual, involucra a toda la persona, tiene que ver con el contenido de la fe, esa fe que vamos a transmitir a tantos niños, jóvenes y adultos, dándoles así un sentido nuevo a sus vidas, abriéndoles horizontes nuevos e infinitos, que son los de Dios.

El Papa Juan Pablo II, en esa encíclica sobre la perenne validez del mandato misionero, la *Redemptoris missio* (n. 73) habla de la maravillosa vocación de los catequistas. Qué hermoso será que ustedes quieran cada día renovar su actividad, en la vida de oración, en la conciencia de la misión, no cualquier misión, la que a mí se me ocurra según mi propio pensamiento, sino la misión de la Iglesia, la que da sentido a mi vida y a mi ser mismo de catequista. La misión que da fecundidad.

La Virgen Madre, en cuya Casa estamos, aquí en Luján, desde donde Ella es Patrona de la Argentina, nos guíe y acompañe en nuestro caminar, y nos haga dar mucho fruto, para llevar a tantos, a Jesús, «el Señor».

La vocación del catequista y su identidad

*Homilía de la Misa en el Encuentro catequístico de la Región Pastoral Platense.
Basílica Nacional de Nuestra Señora de Luján, 18 de septiembre de 2005*

La parábola del patrón generoso, que hoy nos es propuesta en el Evangelio de la Misa, revela la misteriosa altura de los pensamientos de Dios, las razones impenetrables, desconcertantes, de su bondad. Dios es así, y así será el arreglo de cuentas que habrá de hacerse cuando se manifieste plenamente su Reino. Sin embargo, nosotros podemos permitirnos fijar la atención en un detalle de la historia, al parecer curioso, pero fundamental en la trama: el dueño de la viña salió ¡cinco veces en un día! a buscar, a llamar, a contratar obreros para trabajar en ella. Seguramente urgía la tarea, la necesidad de completar cuando antes la vendimia; pero hay que reconocer también que la tenacidad del amo mitigó un tanto la calamidad del desempleo y logró sacudir la indolencia de algunos haraganes. Interesa asimismo señalar que hubo quienes se deslomaron en largas horas de esfuerzo al calor del siroco y otros en cambio emprendieron el trabajo cuando el fresco de la tarde traía alivio a la ardiente jornada. Finalmente quedaron todos igualados en el pago, un denario, obra de justicia y de aquella justicia más alta que se llama misericordia. Prescindamos ahora de la protesta de los resentidos y de la noble y serena respuesta que recibieron, para confusión de su envidia. ¡No es nuestro caso!. Apliquémonos, sí, queridos catequistas, la preciosa imagen del llamado a trabajar en la viña del Señor. En efecto, él nos ha buscado, nos llamó, nos invitó a sumarnos a su empresa; algunos hemos gastado años en ella, otros recién se inician, aportando el vigor de la juventud. Todos, felices de haber sido convocados, nos sentimos obreros de la hora undécima, las cinco de la tarde, a los que no ha afectado el peso del día y del calor; estamos contentos de antemano, poseyendo en esperanza el denario prometido.

¿Qué es el catequista sino el depositario de una vocación? No me refiero al que ocasionalmente puede desempeñar ese papel, sino a quien se ofrece y es llamado, a quien por tanto se le encomienda de modo estable este ministerio al servicio de la fe. La función catequística aparece delineada ya en el Nuevo Testamento como uno de los ministerios de la comunidad cristiana. El verbo *catequizar* significa literalmente *hacer resonar al oído* y de allí: *instruir de viva voz*; se lo emplea en relación con otros como enseñar, transmitir, conversar un maestro con sus discípulos, expresiones todas que se refieren al proceso de educación en la fe de aquellos que habiendo aceptado el mensaje de la predicación se preparan para integrarse de lleno en la vida eclesial.

Si la catequesis debe transmitir la verdad de Cristo, el mensaje de salvación, supone entonces un compromiso personal del catequista, quien se incluye a sí mismo en esa cadena de testigos por la cual la verdad de la revelación divina pasa de generación en generación. Él pone a disposición de sus hermanos lo que ha recibido. Así se edifica la Iglesia. *Hacer resonar al oído*: esta descripción del acto catequístico alude al origen de la fe. San Pablo afirma que *la fe viene del oír, y el oír por la palabra de Cristo* (Rom. 10, 17). Somos catequistas, podemos hacer resonar en el oído de los bautizados la palabra de Cristo, porque antes la hemos oído nosotros; la hemos obedecido acogiéndola por la fe en nuestro corazón. *Porque la boca habla de la abundancia del corazón* (Mat 12, 34). En esa abundancia del corazón se posa la vocación catequística, que se ejerce y desarrolla, por tanto, en el orden de la fe. La abundancia del corazón es la identificación de la vida con Cristo, creciente, plena, llamada a la perfección del amor que es la santidad; incluye el conocimiento luminoso de la Verdad que es él, la convicción arraigada en esa verdad, más allá de los sentimientos tornadizos y de las emociones efímeras. Con la vocación catequística genuina y la perseverancia en ella, se da la docilidad al Espíritu Santo que vive en la Iglesia y realiza su catolicidad.

La tarea del catequista debe ser asumida y vivida de modo tan personal, tan íntimo, desde el corazón, pero no como una función privada, sino como una misión eclesial. Él la ejerce en nombre de la Iglesia y con su mandato. Esta eclesialidad exige una identificación sincera y total del catequista con la Iglesia, con lo que ella intenta hacer desde los orígenes para educar a sus hijos en la fe. Lo que se transmite no son opiniones personales, ocurrencias novedosas, las últimas hipótesis de los biblistas y teólogos, sino el patrimonio común de la fe eclesial centrado en el misterio de Cristo. El Catecismo de la Iglesia Católica marca no sólo los contenidos a transmitir sino también las dimensiones esenciales de una educación en la fe que abarca todos los aspectos de la vida cristiana: el conocimiento de Dios y de su obra salvífica simbolizado en el Credo, la iniciación en la vida litúrgica, fuente de la gracia santificante, y ámbito de integración en la comunidad cristiana, la adhesión al estilo de vida señalado por los diez mandamientos, interpretados por el Sermón de la Montaña y resumidos en el doble precepto de la caridad, el aprendizaje y la vivencia de una intimidad religiosa con Dios en la oración, en el trato con la Santísima Trinidad, que habita en los fieles por medio de la gracia. En el ejercicio de la misión catequística es la Iglesia misma la que educa a sus hijos en la fe, y al hacerlo los dignifica y los promueve y encamina hacia la realización más plena de su condición humana, los torna concientes de su dignidad de hijos de Dios, llamados a un destino eterno y feliz. Nosotros somos los representantes, los agentes, de esa acción eclesial. Esa es nuestra dicha; en la tarea encontramos nuestro premio: ser colaboradores de la gracia de Dios, servidores de su palabra, obreros de su viña.

La eclesialidad de la función catequística incluye otro aspecto: ella debe articularse con los demás ministerios que integran la misión pastoral de la Iglesia. La catequesis, aunque posee una identidad inconfundible, no puede ser concebida como un área aislada del conjunto orgánico de la acción pastoral y los catequistas no constituyen un gremio segregado de la comunidad parroquial o escolar. Además, la catequesis no se reduce a la instrucción elemental de los niños que deben completar su iniciación bautismal; como sabemos, tienen una importancia decisiva la preparación de las familias para el bautismo de sus hijos y de los novios para la celebración del matrimonio, el catecumenado de los adultos que se incorporan a la Iglesia y otras formas de educación en la fe; todas estas funciones eclesiales deben ser concebidas y ejercidas orgánicamente, integradas bajo la idea y el impulso de la misión evangelizadora.

En el Directorio General para la Catequesis podemos encontrar las indicaciones adecuadas para una renovación de métodos, y sobre todo de enfoques y actitudes, que nos habilite para hacernos cargo de la problemática religiosa de nuestra región, la cual no difiere mayormente de la que es propia de la Argentina en su conjunto.

Hace cien años, San Pío X publicó una encíclica sobre la importancia de la catequesis, en la que señalaba la ignorancia de las cosas de Dios como la causa de innumerables calamidades. Siguiendo las indicaciones del Papa se inició un fecundo movimiento catequístico en nuestra patria. Un siglo después debemos reconocer que persiste una situación análoga, con otros rasgos característicos, pero quizás de gravedad peor: constatamos una avanzada descristianización de nuestra sociedad, en la que muchísima gente no piensa, ni siente, ni obra como cristiana. Un altísimo porcentaje de bautizados en la Iglesia Católica, que parecen más bien vacunados contra el cristianismo. Ha dejado de existir, si alguna vez tuvo plena vigencia entre nosotros, esa especie de catecumenado social por el cual la cultura, impregnada de sentido católico, iba educando en la fe a través de las más variadas expresiones de su vida, de las costumbres, del arte. En la actualidad, poderosos factores culturales, como los medios masivos de comunicación, son usinas activas de opinión anticristiana y de erosión de los valores humanos fundamentales. Todos los años, una multitud de niños pasa por nuestras parroquias y capillas, egresa de nuestros colegios, concluye su itinerario catequístico con el momento sacramental de la primera comunión, o de la confirmación, pero no se integra vital y activamente en la comunidad eclesial y en su mayoría se incorpora al número ya abundantísimo de los “no-practicantes”, de los indiferentes, llevando a lo sumo sobre la piel de su alma el deslucido barniz de una vaga religiosidad.

Al asomarnos a la consideración de estos problemas, lejos de dejarnos invadir por el desánimo, o por una medrosa preocupación, debe encenderse en nosotros el fuego santo de la caridad, un celo ardiente de amor a Dios y a nuestros hermanos. Podemos apoyarnos confiadamente en todo lo bueno que se viene realizando en el área catequística, gracias a la acción misteriosa del Espíritu del Señor, que suple colmadamente nuestra imperfección, para renovar nuestro compromiso en el empeño de cristianizar profundamente a la Argentina. No será posible sin una buena catequesis, desarrollada con lucidez y fervor; *buena* quiere decir -según lo explicaba Juan Pablo II- orgánica y sistemática, elemental pero lo bastante completa, que sea una iniciación integral abierta a todas las esferas de la vida cristiana (cf. *Catechesi tradendae*, 21). ¡Qué privilegio, qué gozo, qué responsabilidad, podernos ocupar en esta tarea!. ¡Qué don recibir, y qué honor aceptar el encargo del Señor de la viña y disponernos con prontitud y generosidad al trabajo!

Hoy celebramos esta vocación catequística cobijándonos, en esta casa de todos, bajo el amparo de Nuestra Señora de Luján. Ella entiende cabalmente nuestras cosas, porque siendo la primera de los discípulos de Jesús fue también de algún modo su catequista. En la conclusión de la exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, escribió Juan Pablo II de María Santísima estas preciosas palabras: *en su regazo y luego escuchándola, a lo largo de la vida oculta en Nazaret, su Hijo, que era el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, ha sido formado por ella en el conocimiento humano de las Escrituras y de la historia del designio de Dios sobre su pueblo, en la adoración del Padre. Por eso la contemplamos y proclamamos “catecismo viviente”, “madre y modelo de los catequistas”*. Que ella nos acompañe en nuestro esfuerzo, alivie nuestras fatigas y prepare para nosotros, en la tesorería del cielo, el denario que esperamos recibir, como puntuales jornaleros, al fin de la jornada.

Notas de la Región Platense:

1. El contenido central del «anuncio» es la Redención, que comienza con la Encarnación, mediante la cual Dios redime al hombre, asumiéndolo en todo menos en el pecado-, como obra asuntiva de su Amor redentor, el Espíritu Santo, Amor de Dios, junto con el Padre y el Hijo: “*La Redención comienza con la Encarnación, mediante la cual el Hijo de Dios asume, excepto el pecado, todo del hombre, según las solidaridades instituidas por la Sapiencia creadora divina...*” (PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, op.cit., *Primera parte. Capítulo segundo*, n. 65).
2. Todas las formas de la actividad misionera están orientadas hacia esta proclamación que revela e introduce el misterio escondido en los siglos y revelado en Cristo (cf. *Ef* 3, 3-9; *Col* 1, 25-29), el cual es el centro de la misión y de la vida de la Iglesia, como base de toda la evangelización.
3. Pablo VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, op.cit., 27.
4. “Con la sua dottrina sociale la Chiesa si fa carico del compito di annuncio che il Signore le ha affidato. Essa attualizza nelle vicende storiche il messaggio di liberazione e di redenzione di Cristo, il Vangelo del Regno” (PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, op.cit., *Primera parte. Capítulo segundo*, n. 63).
5. Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino, el reino de Dios; tan importante que, en relación, todo se convierte en «lo demás», que es dado por añadidura. Solamente el Reino es, pues, absoluto, y todo el resto es relativo. El Señor se complugo en describir de muy diversas maneras la dicha de pertenecer a este Reino, una dicha paradójica que el mundo rechaza.
6. Todo eso tiene su arranque durante la vida de Cristo y se logra de manera definitiva por su muerte y resurrección, pero debe ser continuado pacientemente a través de la historia hasta ser plenamente realizado el día de la Venida final del mismo Cristo, cosa que nadie sabe cuando tendrá lugar, a excepción del Padre.
7. “La Iglesia, partícipe de los gozos y de las esperanzas, de las angustias y de las tristezas de los hombres, es solidaria con cada hombre y con cada mujer, de todo lugar y de todo tiempo, y lleva a ellos la alegre noticia del Reino de Dios, que con Jesucristo ha venido y viene en medio de ellos (...) Ella es ministra de salvación no abstractamente, o en sentido meramente espiritual, sino en el contexto de la historia y del mundo en el cual vive, donde ha llegado el amor de Dios...” (PONTIFICIO CONSEJO JUSTICIA Y PAZ, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, op.cit., *Primera parte. Capítulo segundo*, n. 60, p. 32). Cf. CONC. ECUM. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, op.cit., 32; 40; Juan Pablo II, Enc. *Centesimus annus*, op.cit., 53-54; Idem, Enc. *Sollicitudo rei socialis*, op.cit., 1. En la relación Iglesia-mundo, no se trata simplemente de alcanzar al ser humano en la sociedad, a la manera de destinatario del anuncio evangélico. Por cierto que se trata de eso, pero no sólo orgánicamente sino a la manera de fecundación y fermentación de la sociedad misma con el Evangelio.
8. CONC. ECUM. VAT. II, Decr. *Ad gentes*, op.cit., 5; Cf. Idem, Const. dogm. *Lumen gentium*, op.cit., 8.
9. Éste emerge de las palabras precisas e inequívocas con las cuales Jesús resucitado entrega su «mandato misionero» a la Iglesia representada por los apóstoles: «Jesús les dijo: Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Nueva a toda la creación...» (Mc 16,15; ver Mt 28,19-20).
10. Pablo VI, Exh. Ap. *Evangelii Nuntiandi*, op.cit., 14.
11. Pablo VI, Enc. *Populorum Progressio*, op.cit., 13; 41. Véase también, al respecto, CONC.